

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

Sermon de la Ascension.

*Exultavit ut gigas ad
currentam viam; á sum-
mo celo egressio ejus: et
occursus ejus usque ad
summum ejus: nec est qui
se abscondat á calore
ejus.*

PSAL. XVIII, 7.

Dió saltos como gigante para correr el camino. Su salida es de la una estremidad del cielo: y corrió hasta la otra estremidad de él: y no hay quien se esconda de su calor.

El mundo católico celebra en gozosa festividad la gloriosa Ascension de Jesucristo á los cielos.

Cuando el Leon de Judá hubo triunfado del rugiente leon que tiranizaba al género humano; cuando ya estuvo terminada la obra portentosa de la reden-

cion y levantado sobre cimientos eternos el reino inmortal de la Iglesia, llegada que fué la hora solemne de abandonar este mundo para sentarse en altísimo trono á la diestra de su eterno Padre, reunió á sus discipulos en el monte de las olivas, y despues de dulcísimos coloquios y amorosas recomendaciones en forma de tierna despedida, comenzó á elevarse majestuosamente en presencia de sus discipulos. Absortos en admiracion estática y embriagados de inefable gozo contemplaban los discipulos la gloriosa Ascension del Maestro, cuando una nube privó á los afortunados espectadores de aquella dulcísima contemplacion. El que habia descendido al valle de los llantos y de las servidumbres desde el sumo cielo, ascendió por su propia virtud sobre todos los

cielos y fué á sentarse á la diestra de Dios Padre, donde permanecerá gozando de sus gloriosos triunfos hasta que se levante como Juez de vivos y muertos para residenciar al mundo y fallar con fallo inapelable sobre la suerte de todos los nacidos.

Se comprende la enseñanza del misterio y la virtud maravillosa de esa enseñanza sublime. Ascender, progresar, elevarse, perfeccionarse, hé aqui la ley de nuestra naturaleza, vivo anhelo de nuestro corazón, aspiración nobilísima de nuestra alma.

¡Qué hermoso es el sol! Semejante á un esposo muy gallardo que con la mas vistosa gala sale por la mañana de su tálamo nupcial, se levanta magestuoso del lecho, y apareciendo en el Oriente sobre su carro de fuego, cual robusto é infatigable atleta, hace su carrera desde el un cabo hasta el otro del cielo, derramando sobre el mundo torrentes de luz y de vida sin que haya quien no participe de sus benéficos rayos.

Tal es Jesucristo, divino sol de las almas y de los pueblos, que vino á la tierra desde las alturas del cielo, y despues de hacer su carrera, bebiendo en su camino del torrente, del dolor y de la amargura, se elevó por su propia virtud á un trono de gloria, de-

jiando en el mundo de las inteligencias y de los corazones los benditos gérmenes de nuestra exaltacion y grandeza.

Si; el Verbo humanado, Hijo de Dios é Hijo del hombre, Jesucristo Señor nuestro que es la verdad, el camino y la vida, ha satisfecho los ardientes deseos del corazón humano, mostrando á los hombres el punto de partida, el camino y el término dichoso de las humanas ascensiones. Al subir Jesucristo á los cielos radiante de gloria y hermosura, como el sol cuandose eleva magestuoso sobre nuestro horizonte, envió sus resplandores sobre la tierra, y la tierra se estremeció de alegría al ver disipadas las densas tinieblas que cubrian los caminos de la verdad, de la justicia y de la felicidad. El que bajó de los esplendores del cielo á la triste mansion de nuestras miserias, dice el Apóstol, es el mismo que ascendió sobre todos los cielos para llenar con sus dones todos los abismos de la tierra.

No es así como entiende el mundo moderno la ley del progreso. El catolicismo proclama la humildad como base del progreso, el racionalismo la soberbia. El racionalismo grita como su padre, el ángel rebelde: ¿Que-

reis ascender? Sacudid el yugo de la fé. ¿Quereis ser grandes? Sed independientes. ¿Quereis ser como dioses? Os basta quererlo: vuestra voluntad es vuestra fuerza. Vuestro primer paso hacia la deificación, es la independencia; para ascender á las alturas de la perfeccion, comenzad por la emancipacion; para volar á las cumbres de la felicidad, tomad las alas de la libertad. Esta doctrina soberbia es la negacion del verdadero progreso. Abandonado el hombre á sus propias fuerzas, sin luz que le guie, sin fuerza que le impulse, ignorando el punto de partida, el camino y el término de sus aspiraciones, viene á caer, empujado por las corrientes del mal y por el peso de sus propias inclinaciones, en el abismo de todas las corrupciones.

El catolicismo que es la ley, el impulso y la vida del verdadero progreso; el catolicismo, que es la palabra de Dios, fulgurando en todos los horizontes, no cesa de ofrecer á las miradas del hombre un espectáculo edificante y conmovedor, á saber; el espectáculo de un Dios hecho hombre descendiendo hasta el punto desde el cual ha de partir el hombre, y elevándose luego por su propia virtud hasta el punto en que el hombre hallará el término de sus

penosas ascensiones, lugar de eterno reposo, dichosa mansion de inefables alegrías.

Así el misterio de la Ascension gloriosa del Hijo de Dios señala con luminosa precision el punto de partida, la fuerza y el impulso, el verdadero camino y el término glorioso de las ascensiones sublimes de los hijos de los hombres. Así se patentiza que el racionalismo miente al prometer grandezas y felicidades como fruto de la emancipacion, hija de la soberbia, á la manera que mintió en el paraíso el seductor de nuestros primeros padres. Pretendiendo elevarse por su propia virtud, cayó Lucifer como un rayo al fondo del abismo y mintiendo luego á nuestros padres, hizolos caer con toda su posteridad en un abismo de miserias y desventuras.

Era preciso deshacer la obra del orgullo para rehabilitar al hombre y poner á la humanidad en el camino de su elevacion y grandeza. Hé aqui la obra de Jesucristo que la Iglesia perpetúa en el mundo, aplicando á la humanidad las medicinas de la Redencion.

Hoy como ayer, mañana y siempre, la humanidad, que tiene aspiraciones á lo infinito, que siente una sed inextinguible de progreso verdadero, de mejora-

miento positivo, de felicidad sólida y eterna, necesita conocer el problema del destino y la solución verdadera, clara y total de ese problema. ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Cuál es el camino recto y seguro? ¿Quién guiará nuestros pasos y sostendrá nuestras fuerzas y protegerá nuestra marcha á través de tantos escollos y peligros?

Hay que responder á estas preguntas y decir á la humanidad, necesitada de luz y falta de socorro, donde está la montaña santa y por donde se sube á su cima gloriosa, término feliz de las humanas fatigas, asiento del eterno reposo, mansión de la verdadera felicidad.

La razón humana emancipada de la razón divina es ahora, como en los pasados tiempos, radicalmente inhabil para definir y resolver satisfactoriamente el problema del destino.

El racionalismo antiguo y el racionalismo moderno no han dado un paso en este punto, y cuantos son los esfuerzos de la filosofía anticristiana para dar con la solución del problema, otros tantos son los absurdos que levanta á potencia de fueros y negociaciones atrevidas contra las luminosas y consoladoras afirmaciones del dogma católico.

Era necesario que bajase del cielo el maestro deseado por Platon. Bajó en efecto, y enseñó de palabra y confirmó con milagros el destino de ultratumba; y al dejar la tierra para volverse al seno del Padre, abrió á las miradas del Universo las puertas del cielo, donde con el ojo limpio de la fé contemplamos al Eterno, al infinito, á Dios, en cuyo seno descansará eternamente nuestro agitado corazón, y en la visión intuitiva de la infinita hermosura veremos plenamente satisfecha nuestra sed de felicidad.

Y no vayan á repetir los modernos epicureos que esta revelación sublime ha sido sin consecuencias para el mundo. Al subir Jesucristo á los cielos, sacudió sobre la tierra su manto de gloria, y el mundo se levantó del seno de la barbarie como Lázaro de su tumba, transformado y rejuvenecido, puro y resplandeciente como el sol de los cielos que ilumina los espacios. Entonces fué cuando el mundo comenzó á andar por el camino de la perfección, y tanto caminó y tanto progresó en las ciencias, en las artes, en las leyes, en las instituciones, en las virtudes sociales, domésticas, privadas y públicas, que, á no venir el protestantísimo y luego el liberalismo á detener su

marcha y torcer su camino, habríamos tocado los hijos de este siglo la mas alta cima de la verdadera civilización. Por haber rechazado la sociedad moderna los principios sociales del catolicismo, se encuentra en un estado de indigencia moral que acusa el mas lamentable retroceso. Estamos en pleno paganismo. Reina el paganismo en las ideas, en los afectos, en las costumbres, en las leyes, en las instituciones, en todas las esferas de la vida, influidas como están por el liberalismo, autor y consumidor de las corrupciones mas vergonzosas del antiguo paganismo. La sociedad moderna necesita volver al seno de la Iglesia para vivir la vida del progreso y de la paz. No hay medio; ó el reinado social de Jesucristo con todos los bienes, con todos los progresos, con todas las virtudes que consuelan al hombre y engrandecen á las naciones, ó el reinado del paganismo con todas las degradaciones, con todas las ignominias, con todas las miserias que registra la historia para vergüenza y castigo de las sociedades rebeldas contra Dios y contra su Cristo.

Y vosotros buscad ante todo el reino de Dios y su justicia, anhelad por las cosas grandes, eternas, consoladoras, que están arri-

ba, allí donde Cristo está sentado en magnífico trono á la diestra de su Padre: no claveis vuestros ojos en la tierra donde solo encontráis desengaños, pesadumbres y amarguras. Levantáos del sueño funesto del pecado, luchad con vuestras pasiones, y sugeta las, afanáos por recobrar la gracia y amistad de Dios, entrad con decision en el camino de la virtud, y adelantad en la práctica del bien. No olvidéis que la vida es breve, y llena de muchas miserias. Pensad que será muy amarga la hora de la muerte para los amadores de esta miserable vida, y que será mas amargo todavía perder los bienes de la tierra y los del cielo por haber despreciado estos saludables avisos. Obrad como quien sabe que hay en el cielo un Juez rectísimo que dará á cada uno segun sus obras; á los malos eterno penar, á los buenos, goces eternos.

LA PRIMERA MONJA.

I EL MESÍAS.

Jerusalen, la ciudad de Salomon, andaba alborotada

¿Qué sucedía?

Había aparecido un nuevo profeta á cuya elocuencia era imposible resistir, y aunque sus argumentos eran sencillos y

al parecer sin ciencia alguna, los escribas, fariseos y doctores de la ley quedaban confundidos ante el joven nazareno, según ellos le llamaban; y cuando intentaban confundirle con capciosos razonamientos, ellos eran los que quedaban confundidos, y rechinando de dientes, bajaban la cabeza, y al ver que por doquier le seguían las turbas, la envidia se apoderaba de sus corazones, en los cuales se anidaban las pasiones más bajas.

Sin embargo, les consolaba una idea: solamente el sencilló pueblo seguía al que ellos llamaban el hijo del carpintero de Nazaret.

¿Quién hace caso de él? unos pescadores; Mateo el publicano, este ser odioso dado á los romanos y que cobra, para darlo á los gentiles, el impuesto exigido al pueblo de Dios; además, unas pobres é ignorantes mujeres. Nadie más.

Pero, más tarde, una familia noble y rica de Betania acogió en su casa al nuevo profeta, y el joven patricio Lázaro y sus bellas y encopetadas hermanas, Marta y María, se honraron con la amistad del hijo del carpintero de Nazaret, llegando á tanto su cariño, que mientras Lázaro y María entretenían con su conversación á Jesús, Marta, la noble dama, la cual tenía en su casa y á disposición suya un gran número de criados y esclavos que la servían, ella misma aderezaba la comida y servía con sus propias manos al joven profeta, y aun reprendía ante este á María Magdalena, su hermana, porque no la ayudaba en semejante tarea.

La envidia de los escribas, fariseos y ancianos de Israel, llegó á su colmo.

El centurion en vista de tantos prodigios, le pidió de rodillas la salud de su esclavo y la obtuvo; y los grandes señores José y Nicodemus creyeron en él.

—No somos solo el pueblo, decía la plebe de Jerusalem, pues los grandes creen también en el nuevo profeta, y hasta en Samaria, esa tierra maldita, lo aclaman por el Mesías prometido, pues ni los cismáticos resisten á su palabra.

Y cuando los cojos anduvieron, los ciegos recobraron la vista, hablaron los mudos, y los endemoniados se vieron libres del espíritu de las tinieblas, y éste mismo, á pesar suyo, publicó á grandes voces: «Eres tú el Cristo, el Hijo de Dios vivo;» entonces el pueblo no le dejó, y vinieron de lejos los extranjeros para verle y oírle. A su voz María Magdalena dejaba su vida depravada, Zaqueo abandonaba sus malas costumbres y la Samaritana, Fottina, de una mujer pública, se convirtió en una buena esposa y excelente madre, para ser más tarde, ella y su familia entera, de los primeros mártires de Cristianismo.

Otros prodigios acabaron de arrastrar al pueblo; uno de ellos fué que el gran profeta arrancaba á la muerte su presa. La resurrección del hijo de la viuda de Naim, la de la hija de Jairo y, por fin, la de su amigo Lázaro, acabaron de sorprender al pueblo, y hasta los gentiles proclamaron su santidad, recibéndole en triunfo al grito de: «¡Hosana al hijo de David! ¡Hosana al que viene en nombre del Señor!»

Pero la saña de los grandes, cuando les faltan los sentimientos religiosos, es cruel, y arreglando sus conciencias á su

modo. Juegan con el pobre pueblo y hacen siempre de él su instrumento; así los escribas, fariseos, sacerdotes y ancianos de Jerusalem juraron la muerte de Jesús y la llevaron á cabo, gracias á la debilidad del Procónsul de Judea y á la ignorancia de la plebe fanatizada por aquellos viles seres roidos por la mas negra envidia; así la ciudad de David contempló en la cima del Gólgota á un ser vilipendiado, clavado en una cruz, al cual le habian hecho perder la figura humana á fuerza de tormentos. Y el mas hermoso de los hombres, el Hombre-Dios, se presentó clavado en la cruz en una forma horrorosa, y se cumplió aquello que dijo antes el profeta: «le vimos y no le conociamos, pues no habia hermosura en él.»

II.

EL PRIMER MONASTERIO.

Pasaron los tres dias tristes, y sepultado Jesús, resucitado despues, sus discípulos volvieron á verle, pues se les apareció diferentes veces, y entre estas á la noble familia tan querida suya, á Lázaro, á Marta y á María Magdalena, y éstos, con los demás discípulos, le vieron subir al cielo, y despues descendió sobre ellos en el cenáculo el Espíritu Santo consolador.

Lázaro, María Magdalena y Marta, amigos del Hijo, no quisieron abandonar á la Madre, y á pesar del odio de los judíos, permanecieron en compañía de la Santísima Virgen.

Nada hay peor que el odio mezclado con la envidia; así es que los que detestaban á Jesús, confundidos mas despues

de su muerte que durante su vida, no querian ni podian sufrir á los testigos de sus glorias. La noble familia fué presa y arrojada al mar, dentro de un buque viejo, sin timon ni velas, para que las aguas se los tragaran y pagaran con su vida el haber sostenido que Jesús de Nazaret era el hijo de Dios y que habia resucitado de entre los muertos.

La Providencia llevó á Marsella á los tres hermanos, y al poner pié en tierra, reanudaron la predicacion que hicieron en Palestina; y quedando Lázaro por primer Obispo de Marsella, Magdalena, corriendo la Provenza, y segun tradicion aceptada en nuestro país, entró en Cataluña y penetró en una cueva en el término de Cerbera, en donde hizo penitencia durante siete años, para retirarse otros siete en la *Sainte Baume*, en donde concluyó sus dias.

Solo Marta quedaba, y escogió para morada la ciudad de Tarascón. Allí libró la comarca de una fiera y extraña alimaña, un dragon hembra venenoso, que se llamaba la *Tarasca*, á la cual venció con un poco de agua bendita.

Hecho este milagro, Marta quiso retirarse en un lugar inculto llamado el *bos que negro*; pero sabiendo que su hermana hacia la mas austera penitencia en la *Sainte Baume* en Provenza, ella se sintió llamada á otro género de vida, pues creyó que la mayor perfeccion consistía en anunciar á sus semejantes las gracias que Dios la dispensaba.

Marta era virgen, y virgen con voto, cosa extraña en el pueblo de Israel, en donde no quedaba doncella sin casarse; pero Marta, como la Virgen María, pro-

firió la virginidad á la contingencia de poder ser Madre de Dios. Los sacerdotes de Israel no obligaron á Marta á tomar marido; así es que, enamorada de su castísima pureza y persuadida como estaba de que Jesús era el Mesías prometido, ya no le pareció tan necesario que todas las mujeres se casaran y creyó que la mejor perfección se encontraba en el estado de virginidad, por lo cual, reuniendo á su alrededor á unas cuantas doncellas de la Galia Narbonense, á la cual pertenecía Tarascón, las ponderó el estado perfecto que ella había abrazado, diciéndoles que Jesús apreciaba tanto la virginidad, que quiso nacer de una Virgen Purísima, y que él permaneció siempre virgen, y que á pesar de que los escribas, fariseos, sacerdotes y ancianos de Israel vomitaron contra él toda clase de calumnias, no se atrevieron á formular ninguna que manchase en lo mas mínimo la santa pureza del que era Hijo de Dios y de la mas pura entre las vírgenes.

Encantadas las doncellas galas al oír los razonamientos de Marta, se unieron á ella, y en su compañía y bajo su dirección hicieron el voto de castidad, y aclamándola su prelada, la juraron obediencia, y en las soledades del bosque negro se levantó el primer monasterio de religiosas que ha existido en el mundo, siendo Santa Marta su primera monja.

Cuando unas calenturas malignas se llevaron al cielo á aquel ángel de virtud, sus hijas sepultaron debajo del altar á la santa, á la cual venera todo el orbe católico.

Mas tarde, los reyes de Francia enriquecieron su sepulcro con preciosos

tesoros, y Tarascón ostenta en su escudo de armas el blason de Sta. Marta y el dragon alado que ella venció, librando á la ciudad que hoy guarda las reliquias de la que hospedó en su casa al Hijo de Dios. ¿Qué se hizo del primer monasterio? Se ignora. Tantas han sido las vicisitudes por las cuales ha pasado el bello suelo de Provenza, que ha desaparecido la memoria del lugar do se elevó aquel primer asilo de la santidad y pureza. Barcelona tiene un templo dedicado á Sta. Marta, y los antiguos concellerses la claman como á una de las santas protectoras de la ciudad.

Cuando en 1715 se derribó el barrio llamado de la Rivera de Garbí, la iglesia de Sta. Marta, sita en aquel lugar, fué trasladada á la Riera de San Juan.

A ella los barceloneses acuden á venerar las reliquias y la bella imagen de la primera monja.

FRANCISCO DE PAULA CAPELLA.

Justo Tribute.

Con una concurrencia inmensa se celebró ayer el entierro de nuestro amado Padre el Exemo. Sr. Arzobispo D. Saturnino Fernandez de Castro: una copiosa lluvia impidió que el entierro siguiera la carrera señalada, y cuando ya estaba formada la guarnición y el cadáver en la calle hubo de ser conducido éste directamente á la catedral donde con toda solemnidad se celebraron los funerales, presidiendo el Sr. Obispo de Santander y asistiendo tambien el Señor Obispo de Ciudad-Rodrigo. Hoy no podemos ocuparnos con la debida extensión en este triste asunto, y lo haremos otro dia.

Imp. del CENTRO CATÓLICO, Lain-Calvo 16.